

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

# FILOSOFIA

Y

# LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD  
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

**27**

*JULIO-SEPTIEMBRE*

**1947**

*IMPRESA UNIVERSITARIA*

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO**

**Rector:**

**DR. SALVADOR ZUBIRÁN**

**Secretario General:**

**FRANCISCO GONZÁLEZ CASTRO**

**FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS**

**Director:**

**DR. SAMUEL RAMOS**

# FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE  
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA  
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO.

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR-FUNDADOR:  
*Eduardo García Máynez*

Correspondencia y canje a Rivera de San Cosme 71  
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

|                           |           |
|---------------------------|-----------|
| En el país . . . . .      | \$7.00    |
| Exterior . . . . .        | dls. 2.00 |
| Número suelto . . . . .   | \$2.00    |
| Número atrasado . . . . . | \$3.00    |

## Sumario

### ARTICULOS

|                              |  | Página |
|------------------------------|--|--------|
| Gregorio López López .       | <i>En pos de una filosofía zapoteca</i> . . . . .  | 9      |
| Rafael Moreno M. . . . .     | <i>La filosofía en la Nueva España</i> . . . . .   | 21     |
| Bernabé Navarro Barajas      | <i>Un Siglo de Oro en México</i>   | 43     |
| Leopoldo Zea                 | <i>La filosofía mexicana en el siglo XIX</i> . . . . .                                       | 61     |
| Juan Hernández Luna          | <i>La filosofía contemporánea en México</i>  | 89     |
| Francisco Monterde . . . . . | <i>La dignidad en Don Quijote</i>  | 115    |
| Salvador Toscano             | <i>Los romances viejos en México en el siglo XVI y un romance anónimo a Cortés</i> . . . . . | 127    |
| Agustín Yáñez . . . . .      | <i>Santa Anna y la guerra con Estados Unidos</i> . . . . .                                   | 133    |

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

|   |  |     |
|---|--|-----|
| José Ferrater Mora  | <i>El pensamiento de lengua española. Filosofía de la filosofía e historia de la filosofía.</i> (José Gaos.) . . . . . | 161 |
| Juan David García Bacca . . . . .                                   | <i>La polémica entre Croce y Gentile. Un diálogo filosófico.</i> (Patrick Romanell.) . . . . .                         | 163 |
| Juan David García Bacca   | <i>Naturaleza, historia, Dios.</i> (X. Zubiri.) . . . . .  | 165 |
| Juan David García Bacca . . . . .                                   | <i>Esquisse d'une théorie des émotions. Actualités scientifiques et industrielles.</i> (J. P. Sartre.) . . . . .       | 170 |
| Luis Villoro . . . . .  | <i>Filosofía de la Conquista.</i> (Silvio Zavala.) . . . . .   | 173 |
| Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras.—J. H. Luna . . . . . |  | 177 |
| Notas y noticias de América.—R. H. Valle . . . . .                  |  | 183 |
| Publicaciones recibidas . . . . .                                   |  | 203 |
| Registro de revistas . . . . .                                      |  | 204 |

## SANTA ANNA Y LA GUERRA CON ESTADOS UNIDOS

La agresión armada de los Estados Unidos contra México (1846-1847) es una de las más rudas pruebas a que fué sujetado el carácter de Antonio López de Santa Anna, caudillo político y militar que domina la escena pública durante medio siglo.

El aciago trance fué objeto de una interpretación fatalista por parte del discutido personaje, una vez que la derrota se impuso con proporciones tremendas.

El hombre quiere aparecer como víctima de la mala fortuna. He aquí algunas de sus declaraciones.

Vísperas de la batalla de Angostura: "Cualquiera distinguiría la mano de la fatalidad frustrando mis afanes y mis esperanzas. No cabía duda, los invasores tenían razón al repetir *Dios nos protege*. La desesperación que de mí se apoderó al ver el campo de Agua Nevada, *no tiene explicación.*"

En la batalla de la Angostura nuevamente interviene la máquina en auxilio del héroe: "Mi caballo herido en la cabeza me arrojó en tierra sin causarme lesión alguna, pues luego pude montar en otro y continuar en mis funciones." Cuando ve muy cerca a la victoria, Santa Anna prorrumpe: "¡Oh inestabilidad de las cosas humanas! repentinamente el contento convertíase en pena y desesperación." ¡¡¡ Revolución en la capital!!! "el Ministro de la Guerra prevenía terminantemente 'la contramarcha del ejército'; en su concepto, era preferente a todo la conservación del gobierno en las circunstancias en que la nación se encontraba".

El 22 de mayo —1847—, suscribe el manifiesto cuyas son estas acusaciones a la fortuna: "Desde que se empeñó la lucha más justa con los Estados Unidos, la fortuna nos ha tratado con desdén y ha anulado los

esfuerzos del patriotismo para hacer triunfar la más noble y santa de las causas que se haya defendido en la tierra; el revés de Cerro Gordo no ha sido más que una cadena de desgracias que nos abrumba, para probar quizá si somos capaces de sobreponernos con la nuestra al destino de hierro que sin piedad nos ha perseguido." "Por lo que a mí toca estoy satisfecho de que no perdoné diligencia ni fatiga para arrancar a la suerte un favor, de que mi existencia se expuso mientras mantuve alguna esperanza de rehacer lo perdido. Escapado por milagro del enemigo, me dirigí a la ciudad de Orizaba con ánimo de reunir los dispersos, de acopiar nuevas tropas y de preparar otra resistencia al atrevido invasor, porque mi resolución más firme ha sido siempre no desconfiar de la suerte de la Patria, ni abandonarla en sus grandes infortunios." "Mi obligación era pelear, y he peleado. *¿Soy dueño de la victoria para detenerla como esclava?*"

Después de Cerro Gordo, en llegando a la capital, convoca una reunión del vecindario acomodado, de los generales y jefes influyentes: "La hora de prueba se acercaba y hacía necesario un esfuerzo supremo. La amargura comprimida en mi pecho la desahugué en el seno de esta reunión, demostrando explícitamente cuanto sucedía en los momentos mismos en que más se necesitaba de la animación, denuedo y coraje." "Dejo asentado que en esa injusta guerra promovida por nuestros vecinos del Norte, *la desgracia pesaba constantemente sobre los mexicanos*: fíjese bien la atención en los acontecimientos que siguen y se verá este aserto confirmado." Santa Anna se refiere, en primer lugar, a la indisciplina del general Valencia: "Conocí el tamaño del mal que amenazaba y la necesidad de acudir ligero a evitarlo en lo posible. Con la división de reserva, compuesta de cuatro mil viejos soldados, salí precipitado en su solicitud. Llegando a San Angel, una lluvia continuada de diez horas me detuvo. Sin poder cerrar los ojos en toda la noche, vi con gusto una hermosa aurora que anunciaba un buen día, y al momento proseguí la marcha con la división de reserva, reforzada con la brigada Rangel; mas todo fué en vano: la oportunidad había pasado." Y quien años atrás creyó tener en sus manos a la escuadra de Francia, escribe ahora: "¡Ah! sin la defección de Valencia, los invasores quedan sepultados en el Valle de México." Y añade: "Scott, explicando a su gobierno el estado de defensa en que encontró a la capital, termina con estas precisas palabras: 'A la protección de Dios debimos no más haber salido tan bien de la empresa.'

*¿Mas qué valen las mejores combinaciones ni todos los esfuerzos humanos contra los decretos del destino?" "A estos invasores afortunados estábales reservado el oro de California, y a los mexicanos el infortunio."*

El temperamento de Santa Anna, causal indubitable de su prestancia histórica, estalla en la nota dirigida a Scott el 7 de septiembre, al dar por terminado el armisticio: "Mas no insistiré en ofrecer apologías, porque no se me oculta que la verdadera, la indisimulable causa de las amenazas de rompimiento de las hostilidades que contiene la nota de V. E.; es que no me he prestado a suscribir un tratado que menoscabaría considerablemente no sólo el territorio de la República, sino también esa dignidad y decoro que las naciones defienden a todo trance. Y si estas consideraciones no tienen igual peso en el ánimo de V. E., suya será la responsabilidad ante el mundo, que bien penetra de parte de quien está la moderación y la justicia." Con este otro párrafo termina la nota: "Yo me lisonjeo de que V. E. se convencerá, en medio de la calma, del fundamento de estas razones. Mas si, por desgracia no se buscase más que un pretexto para privar a la primera ciudad del continente americano de un recurso, para la parte inerme de su población, de librarse de los horrores de la guerra, no me restará otro medio de salvarla que repeler la fuerza con la fuerza, con la decisión y energía que mis altas obligaciones me prescriben."

El día de la pérdida de la ciudad, al saber la entrega de la garita de Belén, el caudillo se nos describe de este modo: "Se apoderaron de mí la ira y el despecho al presentármese el general Terrés engalanado con el uniforme y las divisas que la generosa nación mexicana le había concedido, y con una desfachatez que aumentó mi coraje y la sangre refluó en mi cabeza, de modo que lanzarme sobre él, arrancarle de sus hombros las charreteras y cruzarle la cara con el látigo de mi caballo, fué obra de un instante... Acto violento, ajeno a mi natural carácter, producido del furor que me dominaba contra el ingrato que tan villanamente había vendido a mi infeliz patria. Mi disgusto por ese acto lo mitigó la consideración de haber salvado la vida al culpable; porque la traición de esa clase se paga con el patíbulo. Este hombre nació en el territorio de la República. Arrostrando con inconvenientes tantos la defensa de la capital, no se interrumpió un día tan laberintoso. A las ocho de la noche dejé el caballo que montaba desde las cuatro de la mañana, para presidir una junta de guerra de oficiales generales, en la ciudadela. La situación presentábase grave. Rendido del cansancio, sin alimento en todo el día, con



mís vestidos traspasados por las balas y agobiado de pena, tres horas me ocupé con la junta, discurriendo sobre lo que la situación demandaba.”

Esta parte de las Memorias es trasunto del manifiesto al renunciar la presidencia con el propósito de continuar la campaña más desembarazada y empeñosamente: “Testigos habéis sido —dice el manifiesto— de que creando recursos donde no los había, trabajando día y noche, preparé las defensas a la ciudad de México; de que formé y reuní un poderoso ejército, *a fin de arrancar algún favor a la fortuna, tan esquiva para nosotros.*” Y más adelante: “Yo he buscado ansioso la muerte por todas partes, porque pérdida tan grande excitaba mi más justo despecho. En Chapultepec recibí una contusión, en Belén traspasaron mi vestido las balas enemigas, y a mi derredor desaparecieron los mejores soldados de la República. ¿Qué me puede restar en medio de este duelo y angustia universal? La estéril satisfacción de la conciencia, la de haber sostenido personalmente el combate hasta el último extremo, la de haber vendido cara al enemigo su sorprendente victoria. El me vió de frente en la Angostura, en Cerro Gordo, en Churubusco, en Chapultepec, en Belén, en San Cosme y en la ciudadela, y me encontrará yo os lo juro, doquiera que fuere útil y glorioso combatir.”

Evacuada la capital, la desgracia sigue en persecución de Santa Anna: “En medio de los azares no me abandonaba la esperanza de salvar los grandes intereses de la República.” Cuando asegura estar a punto de vencer el refuerzo norteamericano que subía de Veracruz, “el júbilo convirtiéndose en tristeza y desesperación. *Los decretos de Dios debían cumplirse y se cumplieron.*” Santa Anna es destituido y desahoga su sentimiento en esta página: “Ocurrencias hay en estas memorias que han de causar dudas, por lo que tienen de novelescas, así como otras provocarán ira e indignación, por lo que encierran de traición y de maldad. Tal ha de parecer seguramente lo que va a verse a continuación. Don Luis de la Rosa, Ministro de Relaciones de Peña y Peña, instalado en Querétaro, me envió por extraordinario la orden que a la letra sigue: ‘El Excmo. Sr. Presidente interino, penetrado de ser general el clamor por la paz, ha tenido a bien resolver: que las hostilidades se suspendan inmediatamente por nuestra parte, y que entretanto otra cosa dispone, las tropas del mando de Ud. quedarán a las órdenes del general de división don Manuel Rincón, pudiéndose retirar al lugar que mejor le acomode, donde recibirá nuevas órdenes...’ La lectura de una orden de tan nefanda

memoria, apenas creíble, al frente del enemigo, *causó en mí una emoción de coraje inexplicable: mis mandíbulas trabadas me impedían la palabra.* El general Reyes, que esto observó, me preguntaba sorprendido: 'Mi general: ¿qué sucede?' Pasada la primera impresión, pude hablar, lamenté con amargura la desgracia de mi infeliz Patria, traicionada a cada momento y tan mal servida de algunos de sus hijos, cuando más necesitaba de su ayuda y lealtad. En fin, dije al general Reyes, entregándole el oficio de De la Rosa: 'lea Ud. ese papel y se convencerá también: que sobre nuestra desventurada Patria parece pesar la maldición del Eterno . . .' Reyes leyó con avidez, y en tono de desesperación gritó: 'Mi general, esto es una traición; vamos a Querétaro a fusilar a esos traidores.' La división de caballería dejó su actitud imponente y marchó para Huamantla con disgusto de todos. A las nueve de la noche, reunidos en *mi alojamiento los jefes presentes, fueron instruídos del documento que motivó la retirada estando al frente del enemigo con tantas esperanzas de triunfo.* Con suspiros y palabras de despecho dijeron a una voz: 'Esto requiere un castigo ejemplar, mi general; vamos a Querétaro a evitar que se venda la Patria . . .' Para enterarlos de mi última resolución después de tantos desengaños, les hablé en estos términos: 'Señores: llamado a encargarme de la defensa del territorio nacional invadido por nuestros injustos enemigos, mis fervorosos y constantes deseos se han dirigido a que mis débiles servicios fueran útiles a la Patria; vida, honor, familia, intereses, cuanto el hombre tiene de más estima, consagré al cumplimiento de aque!los deseos. Y bien se ha visto que con vivo anhelo he improvisado ejércitos y los he conducido de uno a otro extremo de la República para batir a los invasores sin ocuparme de su número; ¡ojalá hubiera terminado mis días en uno de esos combates! Así no habría visto lo que no esperaba ver, ¡Cuánto egoísmo, cuánta defección! Quién hubiera pensado que el hombre en quien deposité el poder, faltando a la confianza, su primer paso sería suspender las hostilidades y destituirme del mando del ejército . . . Mis amigos: he perdido hasta la fe que me ha quedado; lo diré de una vez: mis servicios han terminado, y para no presenciar la vergüenza de la Patria, voy a ausentarme. Vosotros atestiguaréis cómo se me ha arrancado la espada de la mano al frente del enemigo. Dispongo pues, en cumplimiento de lo mandado por el Gobierno provisional: que el digno general don Isidro Reyes se encargue de las tropas que están a mi mando, supuesta la ausencia del general designado

don Manuel Rincón, que aún se encuentra en la Capital, capitulado, desde que entregó el convento de Churubusco... ¡Mis amigos! Con el corazón destrozado de tanto sentir y padecer, os doy el último adiós.' Los jefes, conmovidos hasta verter lágrimas algunos, me escucharon silenciosos: todos se esforzaron a persuadirme que desistiera de mi propósito; pero mi resolución estaba tomada: fué irrevocable. Absorto contemplaba la ominosa conducta de don Manuel de la Peña y Peña, y *deploraba con amargo dolor mi equivocación*... pero ¿cómo conocer su intención y su inteligencia con la facción que invocaba la paz traidoramente, sin antecedente alguno, y disfrutando ese hombre reputación de probo y honrado? Sucesos hay que no pueden creerse sin la evidencia. He aquí mi contestación al Ministro De la Rosa: 'La inesperada disposición de S. E. el Presidente interino, suspendiendo las hostilidades, es en extremo perjudicial a la nación bajo todos aspectos; y en cuanto a mi destitución del mando del ejército, la juzgo escandalosa, arbitraria e ilegal en todas sus partes; mas en la presencia de los invasores, el patriotismo aconseja evitar escándalos de que aprovecharse pudiera; y es por esto que le daré cumplimiento a lo mandado. Pero no sin protestar, como desde luego protesto contra semejante disposición, dejando a cargo del Presidente interino la inmensa responsabilidad que contrae con su proceder. Y repugnando presenciar la humillación de la nación, pido una sola cosa: un pasaporte para emigrar, que espero recibir en la ciudad de Tehuacán, para donde me dirigiré.'

Desde Tehuacán insiste ante el Gobierno de Querétaro en solicitud del pasaporte, y clama de nuevo: "El mundo ha presenciado la solemnidad con que fui llamado... La fortuna me ha negado sus favores... Víctima una vez más del furor de las pasiones, perseguido por éstas sin piedad, para mí es casi indudable que mi infortunio se extiende hasta verme privado del consuelo que el hombre tiene de morir y ser sepultado en la tierra de sus padres, aunque la he regado con mi sangre y he peleado para tener patria."

Destituído, se queja de tres hechos aciagos: la acusación de traidor formulada en su contra por el diputado Gamboa; el amago de asesinato en Tehuacán y la negación de asilo por parte del gobernador de Oaxaca, don Benito Juárez; lo último exaspera la sensibilidad criolla, romántica, del caudillo: "Funcionaba de gobernador de Oaxaca cuando yo me encaminaba con mi familia a esa ciudad, y tuvo el bárbaro placer de negarme

## SANTA ANNA Y LA GUERRA CON ESTADOS UNIDOS

el asilo, disponiendo que se me expulsase de los límites del Estado. Nunca me perdonó haberme servido la mesa en Oaxaca, en diciembre de 1828, con su pie en el suelo, camisa y calzón de manta, en la casa del Lic. don Manuel Embides. Asombraba que un indígena de tan baja esfera hubiera figurado en México como todos saben. Un religioso de la Orden de Santo Domingo lo enseñó a leer y a escribir, y quien lo enseñó también a calzar zapatos, vestir chaqueta y pantalón: nada exagero; vivo está el general don Manuel M. Escobar que presencié el acto de servirme Juárez la mesa con el ropaje indicado." He aquí una preciosa pincelada para la etopeya del criollo.

Tiempo es ya de enfrentar la realidad crítica de los hechos con la versión vindicatoria, de signo fatalista, que acaba de proyectarse y cuyo delirio de interpretación principia desde la llegada de Santa Anna a tierras de México: "Me introduje en el puerto de Veracruz burlando el bloqueo", hazaña que se esfuma por el conocimiento de la orden del Gobierno de Washington al comodoro Conner para dejar libre paso a don Antonio; textualmente dice: "Commodore: If Santa-Anna endea vors to enter the Mexican ports, you will allow him to pass freely. Respectfully yours.—George Bancroft.—Commodore David Conner.—Commanding Home Squadron."

Ha sido esta nota una de las bases más resistentes para la acusación contra Santa Anna como traidor, en connivencia con los enemigos; el diputado Gamboa insistió abundantemente en este cargo ante el Congreso (acusación del 27 de agosto de 1847 y ampliaciones firmadas en Querétaro el 5 de noviembre del propio año); posteriormente —y en la mayoría de los casos sin gran discernimiento— sigue recordándose contra el caudillo esta manera de entrar a la República. Historiador tan insospechable de parcialidad como Olavarría y Ferrari (tomo iv de *México a través de los siglos*, p. 580), refiriéndose a los historiadores americanos que insinuaron la inteligencia de Santa Anna con el Gobierno de los Estados Unidos, afirma que ninguno ha dado las pruebas de su dicho y que las sospechas eran infundadas; luego reproduce la versión —tan verosímil— de Spencer, el historiador de "mayor crédito" entre los aludidos: la orden al comodoro se expidió cuando Paredes era todavía Presidente y los Estados Unidos sabían que al regresar a México Santa Anna, cuando menos empeñaría su enemistad contra don Mariano en una viva oposición favorable a los designios de aquel gobierno. Por cuanto a la

entrevista con el cónsul americano en La Habana, el propio don Antonio da una explicación, invoca la "excelente memoria y el honor" de Almonte, y reproduce un diálogo en el Informe dado a la sección del Gran Jurado, con motivo de las acusaciones de Gamboa. Las palabras finales del diálogo cifran la explicación: "Dudo que de México se me llame; pero si tal honor se me hiciere, sostendré con lealtad la causa de mi Patria, sea cual fuere el resultado de la lucha." Es curiosa para la reconstrucción de la psicología del personaje, la alusión a su invalidez, cuando el cónsul expresa la posibilidad de que lo hagan prisionero: "¿Qué conseguirían ustedes con hacer prisionero a un soldado inválido?" Santa Anna afirma que con Almonte, asistieron a la entrevista los señores Rejón y Basadre, que ésta fué inesperada e intempestiva, que el cónsul se presentó en el alojamiento del propio don Antonio.

Llegado al país, hubo necesidad de supremos recursos para hacer que Santa Anna saliera de su hacienda de Lencero y pasara a la capital. ¿Inseguridad? ¿Marrullería? Don Fernando Ramírez, en las vivísimas páginas de su Epistolario (carta a Elorriaga), dice que los exaltados solemnizarían la llegada "con el saqueo, y si la cosa se venía a la mano, con la ahorcada en los balcones de cinco monarquistas, cuando menos"; esto "había decidido a Santa Anna —continúa Ramírez— a no entrar en la capital, lo que puso al Gobierno en las más crueles congojas". Don Valentín Gómez Farías llegó a conminarlo con un abierto rompimiento de la voluntad popular. Decidióse al fin el terco y extraño carácter: Santa Anna entró a México en un carruaje, frente a frente de Farías, por medio un cuadro alegórico de la Constitución Federal. Don Antonio hizo alarde de sencillez en el vestido y modales; "la multitud —informaba el *Diario del Gobierno*— precipitábase sobre el ilustre proscrito, al grado de hacerse necesarios los esfuerzos de muchos de sus amigos para evitar que la muchedumbre le oprimiera o le hiciera algún mal al subir las escaleras del Palacio. Mujeres, niños, ancianos, hombres del pueblo y de la alta clase de la sociedad, todos querían abrazarlo, tomarle la mano, llegar cuando menos cerca de su persona". El general declinó inflexiblemente el banquete preparado, rogó que se retirara su estatua del Volador, que se había restituido hacía pocos días al antiguo pedestal; no quiso aceptar mando alguno político "no porque sus protestas de desinterés fuesen reales y efectivas —como interpreta Olavarría y Ferrari—, sino porque repugnaba a su orgullo el haber de sujetarse a aparecer como he-

## SANTA ANNA Y LA GUERRA CON ESTADOS UNIDOS

chura y servidor de un partido, cualquiera que él fuere". (Acababa de tronar en Veracruz, sensacionalmente, contra los conservadores, acusándolos nada menos que de traición a la patria y, muy pronto, con motivo de los polkos, desautorizaría a los exaltados.) Convenía a sus intereses la nulidad de Salas; subrepticamente, desde el retiro misterioso de Tacubaya, maquinaba la política; obligó a Gómez Farías y al partido popular, pero también al clero y a las clases acomodadas; designó a su antojo quién estuviera al frente de la hacienda pública; deslumbró al país empujando bienes particulares en favor de la guerra; luego, en fin, proclamando sus achaques y enfermedades, salió a campaña, no sin antes postrarse humildemente en el santuario de la Guadalupeana.

Ya en San Luis Potosí, se dedicó por modo infatigable a hacer un ejército de las chusmas alistadas; la imprescindible tardanza despertó el rumor de la envidia nacional; en la metrópoli, donde continuaba retoriéndose la intriga de cada día, hubo murmuraciones e insidias ultrajantes para el ejército; nuevamente se dijo que Santa Anna había pactado con Estados Unidos (noticia del *Heraldo* de Nueva York); afirmábase que en San Luis los militares fraguaban la dictadura; la impaciencia y la maledicencia nacionales lanzaron a nuestro ejército sin suficiente preparación. Santa Anna escribía a don Fernando Ramírez: "He tenido mucho pesar al ver que el Gobierno guarda silencio respecto de las especies que vierten los periódicos de oposición contra el ejército y contra mi persona, llegando su atrevimiento hasta confundirnos con los traidores porque no obramos, cuando es bien sabido que la inacción en que está el ejército es debida al estado de miseria y abandono en que se le tiene, por lo cual carece de los medios de movilidad. Encargo a Ud. que por el órgano oficial se desmientan esas calumnias y se dé un tapaboca a los escritores de que trato, pues el Gobierno sabe perfectamente cuál es nuestro estado. La verdad es que el ejército espanta a los revolucionarios porque los contiene, y desconcierta sus planes de trastorno y desorden, y de aquí la causa de esos ataques injustos que se le dirigen."

Sucedíase la intriga en la capital: crisis de ministros, cambios, elecciones; en éstas resulta unido con la Presidencia el general en jefe del ejército expedicionario, y aprovecha la oportunidad para el gustado ejercicio del énfasis: "(La elección) me rehabilita a los ojos del mundo civilizado, cuyo sufragio tengo en tanta estima. Público fué el ultraje que unos cuantos me infirieron...; pública es ahora la reparación que el

magnánimo *pueblo mexicano* me otorga . . .” Reinciden las protestas de desinterés; “pero al fin —dice— acepto el nombramiento porque renunciarlo *sería contradecir mis principios*”. Como el enemigo será desde luego vencido, desde ahora renuncia para entonces el poder, que no volverá a desempeñar jamás, retirado por siempre a las delicias domésticas. “Nada extraño será, porque la calumnia inventa mucho en tiempo de partidos y revueltas, *que los eternos enemigos de nuestras glorias, que también son los míos*, quieran hacer creer que esta leal y franca declaración de mis sentimientos patrióticos es un manejo hipócrita que oculta miras bastardas e innobles . . . *Mi ambición es de gloria y fama póstuma* . . . con uno o más hechos de armas que cierren mi hoja de servicios con acciones distinguidas, que me coloquen ventajosamente en la historia, para merecer los sufragios de la posteridad.”

Lleguémonos a uno de los movimientos más oscuros en la vida del intrincado dictador: la inexplicable retirada de Angostura, que se atribuye, como hemos visto en las Memorias, a una orden del Supremo Gobierno, amenazado por la rebelión de los polkos; más extraña es, entre las aseveraciones de tal documento, la de que no asistió el general en jefe a la junta de generales en que la retirada se resolvió. “Aturdido por tan inesperada ocurrencia —dice Santa Anna, refiriéndose a la noticia de la sublevación—, y en gran necesidad de descanso, encomendé a una junta de generales la deliberación. Mi cabeza menos fatigada con el descanso, dediqué mi atención a imponerme de la opinión y resolución de la junta. Encontré sus razones fundadas, y de imprescindible deber cumplimentar los mandatos de los Supremos Poderes, y aprobé lo acordado.” (Cap. x de las *Memorias*.)

Ni una ni otra cosa son ciertas. Véase el anexo número 5 del Informe a la Comisión del Gran Jurado, donde se inserta el acta de la junta militar y los votos individuales de los jefes que a ella asistieron.

Los historiadores que se ocupan del hecho afirman, sin excepción, que la retirada se debió a la falta de víveres y al cansancio de la tropa; esto mismo decía entonces Santa Anna en el parte oficial enviado al Ministro de Guerra; ni podía ser otro el pretexto, ya que el pronunciamiento de los polkos se inició cuatro días después de la acción de la Angostura, el 27 de febrero, y los movimientos subversivos a que dió motivo la política de Gómez Farías habían empezado desde enero y Santa

## SANTA ANNA Y LA GUERRA CON ESTADOS UNIDOS

Anna se enteró de ellos en San Luis Potosí, antes de avanzar contra los norteamericanos.

Tampoco es verosímil como causa de la retirada, el cansancio de la tropa y la falta de víveres. El subteniente de artillería Manuel Balbontín, en las concisas y elocuentes páginas de sus apuntes titulados *La Invasión Norteamericana*, califica estas razones de especiosas en extremo: "Si no había que dar de comer a la tropa en el campo que ocupaba, tampoco había en Aguanueva, donde permaneció después acampada varios días; y es seguro, que con lo que allí se mantuvo, pudo haberse mantenido en Angostura. Además, en la noche del 23, sucedió que algunos cuerpos que pudieron poner rancho, no teniendo tiempo para repartirlo, a causa de la retirada, vaciaron el rancho en el suelo para poder cargar los calderos en las mulas. Una poca de previsión, hubiera hecho que se mataran las reses necesarias, y asada la carne, distribuirla en la noche sobre el mismo campo de batalla. Hacía muchos días que el ejército se hallaba bien fatigado, y por lo mismo necesitaba descansar aquella noche, en vez de obligarlo a andar cinco leguas hasta Aguanueva, donde tendría que combatir al día siguiente, si el enemigo, como era posible, se atrevía a perseguirlo. La misma fatiga del ejército era una razón para no temer un desbandamiento, pues nadie pensaba más que en el descanso. Además, las tropas habían vislumbrado la victoria, estaban entusiasmadas, y en semejantes casos nuestros soldados no se desbandan. También sabían, que el enemigo tenía en el Saltillo almacenes bien provistos de víveres, de vestuarios, y aun de dinero, mientras que a retaguardia de nuestro ejército sólo había un desierto desprovisto de todo recurso. De todas maneras, la tropa recibió con mucho disgusto la orden de retirada."

Pocas veces en su vida, Santa Anna había desplegado tal actividad, tamaña valentía; fué esta la única batalla donde se tomó la ofensiva y por esto —dice Balbontín en las últimas observaciones de sus apuntes—, los resultados fueron favorables; Taylor reconoce el vigor de la embestida mexicana; el historiador norteamericano Ripley no oculta su admiración ante el denuedo de las tropas de Santa Anna; todas las probabilidades de un triunfo definitivo obran de nuestra parte; nadie abandona una victoria tan inopinadamente y menos Santa Anna a cuya natural ambición se añadía la urgencia de responder con un triunfo, de la resonancia del obtenido en Pánuco, al encono del gran sector nacional que le era rotundamente hostil. Ninguna razón, ni la suprema de que se



repitieran los sucesos de diciembre de 1844, valían contra el interés del caudillo; vencedor en la Angostura, el pueblo, poseído de frenesi romántico, lo habría proclamado Libertador de la República por tercera vez; hubieran caído espontáneamente las armas de los sublevados, se habrían repuesto las estatuas del héroe y para su muñón se reconstruiría un altar mejor y más alto; el título de Alteza Serenísima y otros que apenas cabe imaginar, se hubieran anticipado y conferido por modo voluntario y unánime.

No encuentro, para explicarme la retirada de Angostura y la variante entre el parte oficial de aquellos días y lo afirmado en las *Memorias*, sino una característica manifestación de paradoja.

Vuelto del norte con precipitación, Santa Anna vivió intenso momento político; se sobrepuso a los partidos; maniobró sagazmente la eliminación de Gómez Farías, suprimiendo la Vicepresidencia; y cuando el cuadro de las intrigas cambió a su gusto, imponiendo al general Anaya en la Presidencia, marchóse de nuevo contra el invasor, que había ocupado a sangre y fuego la ciudad de Veracruz, mientras en México los partidos recomenzaban su lucha sin cuartel.

Llevado de su mitomanía exclusivista, Santa Anna asegura que Veracruz capituló sin resistencia. La defensa del puerto fué tenaz en grado heroico; sus ruinas contestan a lo asentado por el general veracruzano, cuyo resentimiento esa vez arraigaba en la designación del general Morales como comandante general de Veracruz.

Ya se ha advertido cómo para justificar la desastrosa campaña en defensa del territorio, vuelve a jugar el recurso de inculpaciones a subordinados: un coracero frustra los planes en Angostura; Valencia, Miñón, Alvarez, Terrés, Vizcaíno, el propietario don Francisco Iturbide, etc., son responsables para Santa Anna, de otras tantas derrotas. A unos ni siquiera se les instruye juicio; otros, como Terrés a quien se acusó del abandono de Belén, fueron absueltos.

Tampoco tiene razón el caudillo al cerrar el capítulo relativo de sus *Memorias* con estas palabras: "Allá en el destierro que me impuse, consolábame haber hecho cuanto estuvo en mi posibilidad para librar a la Patria de sus enemigos, y con no haber tenido participio directo ni indirecto en el llamado 'Tratado de Guadalupe Hidalgo', de eterna vergüenza y de pesar para todo buen mexicano", porque como escribe el juicioso Roa Bárcena, los términos del tratado fueron la forzosa consecuencia de los

desastres desde Palo Alto y la Resaca, hasta Padierna, Churubusco y Chapultepec: "la parte lastimosa y sensible del Tratado de Guadalupe consistió en los sucesos militares y políticos que le provocaron y decidieron". Es el mismo Roa Bárcena quien escribe: "Santa Anna, a su regreso al poder y en principios de su última administración (1853 a 1855) aprovechó ocasiones de mostrar su disgusto acerca del término dado a la guerra, y su mala voluntad a los autores y negociadores de la paz. Pero éstos, así como el Tratado de Guadalupe, hallaron defensa y vindicación en la conducta inmediata del mismo Santa Anna y en la celebración del Tratado de la Mesilla, ratificado aquí en 31 de mayo de 1854, y en cuya virtud, por la suma de 10 millones de pesos, se disminuyeron aún más los límites de México; se derogó el artículo XI del Tratado de Guadalupe que imponía a los Estados Unidos la obligación de impedir las incursiones de los bárbaros en nuestra frontera; se disminuyeron o debilitaron otras estipulaciones que también nos eran provechosas, y se dejó a los mismos Estados Unidos meter el pie, hasta cierto punto, en lo relativo al tránsito de Tehuantepec, que no había sido ni mencionado en el pacto de 1848; todo ello sin que la administración de Santa Anna tuviera el puñal al cuello, como lo tuvo la de Peña y Peña."

No, no fué un azar funesto el que condenó a México en esta empresa, como se empeña Santa Anna poniéndose fatalista. — actitud que, por lo demás, le es favorita siempre que trata de ocultar su impotencia o su orgullo como lo hacía notar Bustamante desde el año de 1822. No fué la ciega fatalidad, fué un conjunto de condiciones remotas y próximas, de ambiente nacional, de personas y de cosas, que resumidas en Santa Anna u opuestas a él, decidieron nuestra derrota.

Don Juan de la Granja, profundo conocedor de nuestras condiciones, atento observador de la más nimia circunstancia, impulsor de nuestra cultura y uno de los diputados por Jalisco que votaron en contra del Tratado de Guadalupe, nos describe, en interesantísimo epistolario, el estado de ánimo nacional en que encontró al país a su vuelta a México a fines de 1846. El 26 de enero de 1847 escribe sendas cartas a don Joaquín y a don Modesto de Muñoz y Muñoz, de Jalapa y Veracruz, respectivamente, y a don Carlos Martí, de La Habana, cuyos son los tres fragmentos que a continuación se transcriben: "Mucho me ha contristado el encontrar aquí en tan mal estado los negocios políticos y, lo que es más, tan desmayados los ánimos; pero en todo eso yo no me acobardo, yo he de

continuar haciendo cuantos esfuerzos estén a mi alcance para infundir algún aliento en estos cuerpos inanimados." De la segunda carta: "Aquí no he encontrado hombres como pudiera esperarme de las circunstancias que nos rodean, y más bien parecen seres encantados y alelados sin conocer ni tratar de poner remedio contra la tempestad que los amenaza." En la carta a Martí, dice: "Todas son quejas, todas son lamentaciones, no veo elevación de ideas y todos sus pensamientos sobre recursos son mezquinos."

El valor desordenado de los mexicanos que encuentra su síntesis cabal en Santa Anna queda referido por Juan de la Granja en carta a don Juan P. García, residente en Nueva York; De la Granja habla precisamente de la situación de la capital durante los días del pronunciamiento de los polkos: una bala ha caído en su alcoba y estrellado los vidrios de las ventanas; la carta está fechada el 2 de marzo de 1847 y este es uno de sus pasajes: "La lástima es que esta gente es incorregible y no se pueden entender unos con los otros ni hay cabezas ni respeto por nadie, pero repito que hay una cosa buena en ellos y es que nadie está por la paz y que no tienen miedo a los invasores y, por consiguiente, por su parte, creo que durará la guerra hasta dejársela en herencia a las futuras generaciones. Crea Ud., compadre, que este país está defendido por sí mismo, y por poco que hagan los mexicanos, no digo las fuerzas de los Estados Unidos, sino las del mundo entero, se estrellarán aquí. Si Ud. viera la multitud de gente que por mera curiosidad, hombres y mujeres del pueblo andan por estas calles corriendo de una parte a otra como capeando las balas, y riendo cuando les andan cerca, se quedaría Ud. asombrado como lo estoy yo y se figuraría Ud. ver a los muchachos en el Park o en la Bateria cuando jugando a la pelota se tiran con ella unos a otros. Tal es la frialdad de éstas gentes y así es que un buen jefe con recursos puede improvisar un ejército bueno quizás con más facilidad que en ninguna otra parte del mundo." Este romántico error en que incurre aquí De la Granja no es suyo exclusivamente; participaban de él todos los mexicanos y Bulnes lo ridiculiza largamente en *Las grandes mentiras de nuestra historia* atribuyéndole todos los desastres de nuestro primer siglo de vida independiente.

El autor del epistolario abandona muy pronto el error de que el país "está defendido por sí mismo y por poco que hagan los mexicanos, no digo las fuerzas de los Estados Unidos, sino las del mundo entero, se estre-

llarán aquí"; dos meses después escribe al propio señor García en estos términos: "Ya gracias a Dios me hallo restablecido completamente aunque haciendo continuas cóleras con las cosas que pasan en este país. Los americanos están apoderados de Puebla después de haber derrotado completamente al ejército mexicano al mando de Santa Anna en Cerro Gordo, compuesto de más de doce mil hombres y cuarenta piezas de artillería, que se dejaron envolver por la izquierda vergonzosamente, siendo la posición inexpugnable por naturaleza si hubiera estado defendida por militares de algún saber y previsión. Ahora está aquí el general Santa Anna reuniendo otro ejército para defender la capital, y sus avenidas, y no es fácil adivinar lo que sucederá, porque nadie puede concebir un desconcierto tan espantoso de ideas como el que reina en este país. Aquí no hay gobierno, ni quien sepa gobernar, ni quien entienda, ni quiera entender los verdaderos intereses nacionales. Aquí ni hay aristocracia, ni pueblo, ni hay clero, ni hay militares, ni hay más que un caos; el que quiere manda y el que quiere obedece, es una anarquía mansa, porque sin embargo de todo lo que llevo dicho vivimos aquí como si estuviésemos gozando de una paz octaviana, lo cual sólo puede atribuirse a una estupidez tan vergonzosa como la que prevalece en todas las clases"; luego tiene expresión la romántica esperanza del pueblo con todas sus fantásticas versiones: "y sin embargo de todo esto ¿querrá Ud. creer que los americanos no están nada boyantes? Pues esto es también positivo, sus fuerzas no son adecuadas para la gran empresa que han acometido, y el menor revés que sufran podrá acarrear su completa ruina. Corre muy válida la voz de que el general Scott ha muerto de disentería en el camino de Jalapa a Puebla; si esto se confirma, no dejará de traer embarazos a los invasores. El general Taylor no se ha meneado todavía porque apenas puede hacerlo teniendo su larga línea expuesta a los ataques de las guerrillas que mandan Urrea, Canales y Romero; y aun hoy corre la voz de que éstos entraron en Matamoros, y aun destruído las fuerzas americanas, y arrojado al río Bravo la artillería que allí tenían; esto sin embargo necesita confirmación". La carta termina con estas líneas significativas: "Tengo el sentimiento de que el general Almonte está preso e incomunicado sin saberse por qué, y lo que yo sé solamente es que no está de acuerdo con Santa Anna; así como creo que no hay tampoco dos personas en este país." (Carta a don Juan P. García, de Nueva York, fechada en México el 27 de mayo de 1847.)

Por estos mismos días, De la Granja escribe a su apoderado y corresponsal en Nueva York: "Ya sabrás cómo los americanos se han apoderado de todos nuestros puestos, y cómo el ejército mexicano a las órdenes de Santa Anna se dejó derrotar vergonzosamente en Cerro Gordo, y que de resultas, se apoderaron de Puebla pacíficamente, ciudad magnífica que está veinte y ocho leguas de esta capital, y que tiene cerca de cien mil almas, por consiguiente esto está en la mayor confusión. Santa Anna está aquí mandando, y tratando de reunir otro ejército de doce a quince mil hombres; pero no veo que acierte nadie a hacer cosa a derecha; parece que Dios los tiene confundidos como a los que construían la torre de Babel... , toda su atención está reducida a salir del momento, y así nada hacen que pueda prevenir los peligros de aquí a una semana; los ánimos están cada día más discordes; a Almonte le tienen preso e incomunicado; los generales Bravo y Rincón que son sujetos de buen nombre, particularmente el primero, han renunciado no sólo sus mandos, sino hasta sus bandas de generales, y es mucho el disgusto, y lo que es peor la desconfianza que hay contra el general Santa Anna, *porque todo quiere hacerlo él, y no quiere que otro lo luzca*; y así sólo emplea sujetos los más ineptos porque le obedecen ciegamente sin hacerle observaciones aunque sus órdenes sean las más absurdas, de suerte que aquí todo es confusión, y todo está arruinado, no hay comercio, no hay nada, y como tú colegirás es imposible realizar nada, ni menos cobrar un peso de nadie; llegando esto a tal extremo que el Gobierno ha dado un decreto para que no se pueda embargar ni vender los bienes hipotecados, porque no hayan pagado los intereses, dando por causas las presentes circunstancias de la guerra. Todos estos males ya ves que nos los ha traído inicuamente ese gobierno, por consiguiente a mí me es imposible contrariar este furioso torrente, y es menester esperar a que mejoren los tiempos; lo que puedes decir a los amigos Hagar, Poillon, Buruo. Te encargo el mayor cuidado en que no se publique en esa ninguna de estas noticias en mi nombre, porque en medio de este torbellino *yo me mantengo imparcial* con todos los partidos, y todos me tratan con cariño, y en cualquier tiempo que las cosas se arreglen, yo podré quedar bien con todos, sólo falta aguardar la oportunidad." ¿Con la *imparcialidad* de los mejores podría México haber vencido?

A don Pedro Giol, de La Habana, escribe De la Granja en estos términos:

## SANTA ANNA Y LA GUERRA CON ESTADOS UNIDOS

“Los enemigos se hallan en Puebla, y sabe Dios si llegarán a ésta, aunque parece increíble que con tan pocas fuerzas, con que a pesar de sus victorias la van quedando se atreva a acometer esta empresa...” “Esto es espantoso, amigo mío, y nunca me he visto más confuso para juzgar no sólo del porvenir lejano, sino hasta de lo que ha de suceder dentro de una semana. Sólo veo aquí un pueblo estúpido, que no sabe qué hacer, y un enemigo impotente que ha acometido una empresa superior a los medios que tienen a mano para llevarla a cabo, a pesar de las victorias que ha ganado...”

El 27 de agosto de 1847, escribe a don Carlos Caballero, también de la Habana: “De política no quisiera hablar, porque es tan vergonzoso el estado a que ha venido el país por la degradación del pueblo, ineptitud del Gobierno, cobardía de los militares, y en fin, por la corrupción general, que no hallo palabras para explicar a Ud. Ahora se ha formado un armisticio con el fin de hacer la paz, y sin embargo, no puedo ver claro que ésta puede ser posible.”

Encontramos un nuevo pincelazo en carta a don Manuel Ascorve, de Querétaro, fechada el 1º de septiembre de 1847: “Por supuesto que si vamos a buscar el origen de estas desgracias, las hallaremos en la mala organización social, en el desgobierno, en la falta de respeto, en la desconfianza mutua y general, en la falta de castigos, en el premio que se ha dado al vicio y a la corrupción, en esa prodigalidad de grados a generales, jefes y oficiales que no sirven más que para adornar las procesiones, y de esto mucha culpa tiene nuestro amigo el general.”

Y en parecidos términos escribe a don Andrés P. de la Peña: “No me aflige más que el ver cada día más claro que Dios no ha querido dotar a estas gentes del don de gobierno y que es imposible marchar bien en este país políticamente. Se les hace ver que vamos errados, lo confiesan y no tienen la energía para mudar de plan, es una inercia esta inexplicable.” (Carta dirigida a D. Andrés P. de la Peña de La Habana, fechada en México, el 13 de mayo de 1849.)

En otras cartas de este epistolario escritas en México, en los días de la entrada del ejército invasor, y en Querétaro, antes de celebrarse la paz, cuenta como las fiestas y la alegría populares presentan el doloroso espectáculo de un pueblo inconsciente y egoísta en el que son falsos sus arrebatos patrióticos y olvida presto la tristeza colectiva para ocurrir a

sus satisfacciones individuales, compartiéndolas con los intrusos venidos a conculcarlo.

Al fin, De la Granja es uno de los que piensan en Europa como la única salvación de México; así lo indica en carta a Gutiérrez de Estrada; así lo atestigua en las líneas que se transcriben a continuación: "En este país amigo mío, todo hay menos el don de Gobierno que Dios ha sido servido negar a los mexicanos quienes positivamente siempre que se les presentan dos caminos el uno bueno y el otro malo puede Ud. estar seguro de que han de elegir el último. Cansado estoy ya de indicarles buenos proyectos de administración que alaban mucho sin encontrar objeciones que ponerles, y sin embargo no los adoptan: Esto se hace increíble pero no por eso es menos cierto. En fin ni de esta ni de ninguna generación futura puede esperarse que sea feliz este país. Un hombre no más puede hacer este milagro, uno que pueda mandar sin tantas trabas, ni tanta confusión de leyes. Algo se espera aquí de la *Bete Noire*, pero todos convienen en que debe contentarse con quedar de segundo y preparar el camino al primero. Esta nación necesita amparo y protección de Europa para que no se la traguen los Estados Unidos, y el sistema de Gobierno es una cosa secundaria. Será bueno que Ud. se ponga en correspondencia con él, porque creo que no se pasará mucho tiempo sin que sea llamado. Entretanto páselo Ud. bien y mande." (Carta dirigida a D. L. Bridat de La Habana, fechada el 13 de mayo de 1849). "De aquí nada bueno puedo decir a Ud. en política porque esto parece un cuerpo sin alma y muchos esperan más de una reacción en Europa que de los esfuerzos que aquí puedan hacerse." (Carta a Carlos Martí, La Habana. México, junio 11 de 1849.)

Don Alejandro Arango y Escandón escribía el 27 de enero de 1847 a don José M. Luis Mora: "el espíritu público está muy apagado, y dudo mucho de que haya alguna cosa capaz de reanimarlo; ni esto es de extrañar después de veintiséis años de discordia civil...; ... pueblo empeñado en cometer desaciertos y en *hacer más patente su debilidad con una presunción excesiva...*" Y en la misma carta anota: "Los estudios propios de mi profesión son los que actualmente me ocupan..." Si los mejores hombres de México se ocupaban de sus asuntos propios y entregábanse, como Arango, a corregir traducciones del Cid, cuando las huestes extranjeras galopaban sobre la Patria ¿cómo íbamos a contener victoriosamente la invasión? Bernardo Couto, en post-data a la carta de Arango,

## SANTA ANNA Y LA GUERRA CON ESTADOS UNIDOS

luego de dolerse de nuestro infortunio y de lo incurable de nuestras locuras, habla larga y plácidamente del deseo que tiene de completar los autores latinos de Babon.

Tal era el ambiente nacional en que se movía Santa Anna disponiendo la defensa contra la invasión.

Para mejor aclarar la escena mexicana de aquellos tristes días, espiaremos en otro epistolario más conocido: el de Don Fernando Ramírez, acucioso espectador y algunas veces actor; fué, durante esta época, Secretario de Relaciones, cartera que entonces tenía grandísima importancia. "Justamente merecemos el desprecio y el escarnio de los pueblos cultos. Somos nada, absolutamente nada, con la circunstancia agravante de que nuestra insensata vanidad nos hace creer que lo somos todo." Después del desastre de Cerro Gordo escribe: "Nos queda pues únicamente para remachar nuestras desgracias, lo que ha sido fuente y raíz de cuantas deploramos: la vanidad, el orgullo, la división y todo en supremo grado. Un congreso que prefiere la muerte por miedo de no morir... Un congreso sin prestigio, sin poder, sin capacidad y lo que es aún peor, hondamente minado y destrozado por los odios de partido que nada le dejan ver con claridad, excepto los flancos y ocasiones que se le presentan para herir a sus enemigos:... es un fiel representante del pueblo que veo en mi rededor en cuanto al entusiasmo *vocal* para hacer la guerra y el desaliento *mental* y quizá aun *cordial* para llevarla a cabo... nadie habla sino de guerra y para colmo de contradicciones se ve que ninguno de esos predicadores manifiesta la mejor voluntad para tomar un fusil o introducir sus bienes en el tesoro público." (La guerra, pretexto de revoluciones y despilfarro), "hoy es una arma que cada uno de los partidos beligerantes quiere poseer para herir a su adversario en la última extremidad". (La vanidad nacional) "no admite, en las ofensas hechas al amor propio, un medio entre la victoria o la completa sumisión; salvo la facultad de contentarse después con cualquier cosa". (Se suma otra disposición que nos es congénita): "la de dar tiempo al tiempo y hacer la cosa cuando es imposible diferirla o evitarla... cogiéndonos completamente desprevenidos". Hay una camarilla "que teniendo todo el valor necesario para morir, carece de la fuerza necesaria para salvarse". "Nuestros magistrados, vigorosos para perseguir, débiles para mandar y que nunca podrán servir de modelos de una justa y severa imparcialidad." "El comercio no es indiferente, sino que, aunque con miedo, se manifiesta un



agente decidido de la paz. Me parece seguro que aprovecharán la ocasión de vender al que quiera comprar por su justo valor y que los rusos invadidos por Napoleón no hallarán aquí muchos imitadores. Tampoco hay un Gobierno bastante severo que se encargue de hacer lo que ellos resisten." Entusiasmados por la guerra de guerrillas, la historia del conde de Torreno "repentinamente se ha convertido en manual de guerra y de libertad. Desgraciadamente no ha conseguido más que exaltar las cabezas sin hacer grandes progresos en el corazón".

"En este día —escribe el 28 de abril—, y los anteriores, había aumentado escandalosamente el retorno de nuestros jefes y oficiales dispersos en Cerro Gordo, dándose el vergonzoso caso de que un general (Rangel) y siete oficiales fueran robados por tres ladrones que les hicieron el insultante agasajo de devolverles las espadas. Todos aquellos predicaban el desaliento, el terror y la paz." Y añade en carta del 11 de mayo: "El general Rangel que huyó de Cerro Gordo cuando apenas comenzaba la acción y abandonando su cuerpo, ha merecido la confianza del Gobierno para conducir a Puebla algunas piezas y dinero en socorro de Santa Anna. Bajo este sistema es imposible no solamente la guerra, sino aún la paz y toda especie de orden". Valencia, sumamente disgustado porque no se accede a sus pretensiones de mando de tropa, "no será extraño que promueva una sedición interior si se le viene la ocasión a las manos... La tropa ha vuelto sumamente acobardada. Los jefes y oficiales proclaman invencibles a los Yankees y los soldados cuentan vulgaridades que recuerdan la conquista". "Rangel se presentó al Presidente manifestándole que las tropas rehusaban marchar | *porque los yankees eran muchos!*" Y el día 13: "El pavor crece en esta ciudad a proporción que el enemigo se aproxima y no será remoto que si se posa a sus puertas hagan una revolución contra el que intente defenderse... A Valencia se atribuía el intento por la Dictadura siendo él Dictador."

Después de Padierna y Churubusco, Ramírez escribe: "Todo, todo lo hemos perdido, menos el honor, porque este hace muy largo tiempo que nos dejó." (Cartas a Elorriaga.)<sup>1</sup>

1 José Fernando Ramírez.—*México durante su guerra con los Estados Unidos*, en la *Colección de documentos inéditos o muy raros para la Historia de México*, publicados por Genaro García y Carlos Pereyra. El volumen abunda en pequeños detalles de una tremenda significación. Principia con una carta de Ramírez a Santa Anna, anterior a 1836, donde con clarividencia y serenidad analiza el problema de

## SANTA ANNA Y LA GUERRA CON ESTADOS UNIDOS

Es sabido cómo los Estados, con muy contadas excepciones, no sólo no concurrieron, sino se rehusaron y algunos fueron hostiles a la defensa común: clara o veladamente se declaraban separatistas de la República, acentuando, de modo oficial, el panorama del egoísmo y de la discordia.<sup>1</sup> Algunos se refugiaron en la peregrina razón de que reservaban sus fuerzas para cuando fuesen atacados y con ello confirmaron plenamente el discurso llamado de las profecías, donde, con toda la vehemencia de su temperamento, el padre Mier se opuso en el primer Congreso Constituyente a la forma federativa de la República con Estados libres y soberanos; decía Mier el 11 de diciembre de 1823; "Han condescendido demasiado con los principios anárquicos de los jacobinos, la pretendida voluntad general numérica o quimérica de las provincias, y la ambición de sus demagogos. Han convertido en liga de potencias la federación de nuestras provincias. Dése a cada una esa soberanía parcial, y por lo mismo ridícula, que se propone en el artículo 6º, y ellas se la tomarán muy de veras. Cogido el cetro en las manos, ellas sabrán de diestro a diestro burlarse de las trabas con que en otros artículos se pretende volvérsela ilusoria: sanciónese el principio, que ellas sacarán las consecuencias..."

---

la guerra de Texas, acumulando razones en contra, sobre todo el peligro posterior de "echarnos encima una intervención extranjera que sólo nos deje una soberanía de comedia". (Pág. 16.)

1 Véase a este respecto el informe de Santa Anna al Gran Jurado y particularmente el anexo 3 en que aparecen los casos de Guanajuato y Zacatecas; este último, quizá por influencias de Gómez Farías, declaró que "quería mejor el triunfo de los invasores, la pérdida de la independencia, antes que el del ejército y el de Santa Anna". (Pág. 85 del Informe.) En cuanto a San Luis, por el otro extremo, declaró que no obedecería al centro si éste desautorizaba a Santa Anna. ¡Monstruosa pesadilla de egoísmo, indisciplina y desorganización! Proyectado desde Veracruz, el ánimo de quienes combatieron se advierte en el interesante folleto *Tributo a la Verdad* sobre los sucesos y el estado político de la República desde el 16 de agosto de 1846, hasta el 30 de junio de 1847. "El Estado de Veracruz a todos los de la Federación Mexicana"; Del Castillo Negrete inserta íntegro este folleto en el apéndice al tomo xxv de *México en el Siglo XIX*. El cargo lanzado en esta nota contra Farías tiene numerosos apoyos que no es del caso traer a cuenta; desde los años de la primera guerra de Texas, don Fernando Ramírez, en la juiciosa carta a Santa Anna de que hemos hecho mención, escribía: "El partido federalista no ve de mal ojo la incorporación a los Estados Unidos porque se imagina que el resto de la República seguirá la misma suerte y así se realizarán sus sueños." (Pág. 16. Véanse, además, las pp. 276 y 277 escritas diez años después.)

“Yo convengo en que todo país que se basta a sí mismo para repeler a toda agresión exterior, es un soberanuelo ridículo y de comedia. Pero el pueblo se atiene a los nombres, y la idea que el nuestro tiene del nombre de soberanía, es la de un poder supremo y absoluto, porque no ha conocido otra alguna; con eso basta para que los demagogos lo embrollen, lo irriten a cualquier decreto que no les acomode del gobierno central, y lo induzcan a la insubordinación, desobediencia, el cisma y la anarquía. Si no es ese el objeto, para qué tantos fieros y amenazas, si no les concedemos esa soberanía nominal.” La historia de México, a partir de 1824, vino de confirmación en confirmación de estas palabras, hasta el supremo trance de 1847. Pero la soberanía fué y sigue siendo un dogma romántico intocable: Don Fernando Ramírez (p. 263 de la obra citada) escribía: “¿Qué (hacer) con la anarquía y el desorden entronizados bajo el manto de la federación? Los Estados están hoy en la posición de desobedecer impunemente, y de ello hacen gala. Ni una doncella de quince años es más puntillosa en materias de honor, que aquéllos en el punto de su decantada soberanía.” (Carta a Elorriaga, el 11 de marzo de 1847.)

Conmueven las quejas de los soldados de aquella época contra la indiferencia de los pueblos por donde transitaban. Como a extraños y raros —dicen las crónicas— recibió la ciudad de México a los macilentos restos del ejército que con tanto denuedo se batió en Angostura; volvían a la capital, acompañando a Santa Anna, y mientras la sociedad, desde azoteas y balcones agasajó con flores y serpentinas el desfile de los polkos que acababan de desatar la guerra civil, los soldados medio muertos que volvían de la guerra extranjera rechinaban sus dientes de coraje por la indiferencia y desprecio que sus harapos merecieron a la sociedad metropolitana. Duro contraste el de estos hombres sucios y flácidos, con el de la recompuesta y perfumada legión de polkos, renuente a salir contra el invasor. Dura manera ésta como trata la romántica sociedad mexicana a los unos y a los otros. A este propósito, Santa Anna escribe desde Jamaica: “Si las clases acomodadas hubieran hecho (en el Valle de México) lo que supieron hacer en febrero del mismo año al intentar volcar al gobierno establecido; si como entonces se despertara el entusiasmo y se viste a los defensores de la nación con los santos ropajes de la religión, según vistieron a los que levantaron el estandarte de la rebelión; si como entonces se prodiga el dinero entre los que tomaban las armas; si como entonces se hace sudar la prensa contra el enemigo común, a la manera

que lo hicieron contra los respetables ciudadanos que ejercían el poder, (...) entonces sí, el atrevido invasor que viera a toda la ciudad en actitud tan imponente, atónito hubiera retrocedido." "Los hombres decentes subían a sus azoteas con buenos anteojos a divertirse como pudieran hacer de cualquiera otro espectáculo y los demás se encerraban en sus casas." Y en el parte de la acción de Cerro Gordo, se había quejado de esta guisa: "Estoy admirado de la apatía y egoísmo de nuestros conciudadanos en las actuales circunstancias, y juzgo ya necesario para salvar al país, que los supla con aquellos deberes que la sociedad y las leyes imponen."

No era más consistente el entusiasmo de las ciudades ante la amenaza extranjera, como no lo fué el furor popular cuando la capital se disponía a defenderse, o cuando se vió invadida. Efímeras llamadas de patriotismo romántico, desorganizado, que luego se apagaban.

Otro factor del desastre: la organización de nuestro ejército. El general don Pedro M. Anaya, Ministro de Guerra, en su interesantísima "Memoria Reservada" que presentó a principios de 1848 al Congreso reunido en Querétaro,<sup>1</sup> decía respecto al ejército: "Ocurrida la batalla de la Angostura, en la cual nuestras tropas tuvieron 9,000 hombres de baja por la deserción, se improvisó la defensa de Cerro Gordo, y los resultados fueron los que debía esperarse de la clase de tropa con que hemos sostenido todos los combates. Estos sucesos y los ocurridos en el Valle de México, están reclamando imperiosamente que el Congreso dicte las leyes convenientes para reemplazar los cuerpos del ejército con hombres útiles, y no con imbéciles, criminales y gente viciosa que sin conocer sus deberes ni los que la sociedad les impone, comienza su ignorancia desde no entender el idioma español... El estado de revolución permanente en que hemos vivido, ha proporcionado a hombres indignos de pertenecer a la honrosísima carrera de las armas, el ingresar a ella y hacer progresos e inmerecidos ascensos hasta llegar a engalanarse con las insignias superiores. La empleomanía que tanto reagrava nuestra situación ha abierto la puerta a la juventud más ignorante y corrompida de la época, para abrazar la carrera militar como único recurso para vivir. Nuestra legislación, errónea en materia de reemplazos, ha señalado la choza del indígena em-

---

<sup>1</sup> Tan interesantísimo documento se reproduce íntegramente en el Apéndice al tomo xxv, pág. 394, de *México en el Siglo XIX* ya citado.

brutecido, las cárceles y los presidios, como los únicos lugares para sacar hombres destinados al servicio de las armas. ¿Con tan fatales elementos puede una nación o un gobierno cualquiera sobreponerse a las emergencias?... Aprovechan (los soldados) el primer momento que se les presenta cuando salen a algún servicio, para desertar. Los calabozos de los cuarteles y los juzgados militares están atestados de reos y causas, por la frecuencia con que se comete este delito; por esto, mientras las cámaras no acuerden un sistema de reemplazos análogo a nuestra situación, no tendremos jamás ejército, sino una masa de hombres perniciosa."

El general José Uruga en el violento y enfático voto individual que emitió al tratarse la retirada de la Angostura, declara: "Convengamos de una vez que no somos ejército, ni somos nada, sino hombres acaso y sin acaso, destinados a perecer"; como todos los generales y como el propio Santa Anna, como antes el general Bravo que rehusó lanzarse contra Texas en la segunda campaña, culpa al Gobierno por su apatía, por su falta de socorros al ejército, por su crueldad para los defensores de la patria y la libertad.

En ese mismo trance el general en jefe asegura que "el triunfo de la Angostura habría sido completo si durante la acción no se desertan más de cuatro mil hombres de esos *forzados*". (Pág. 91 del Informe a la Comisión del Gran Jurado.) Poco adelante y refiriéndose al ejército, declara sin empacho: "Las revueltas y el favor introdujeron en sus filas oficiales indignos aun de portar la divisa, por su ignorancia y cobardía." (Pág. 120.)

Se habían suscitado levantamientos populares, mas no con impulsos patrióticos; decía Anaya en su propia Memoria: "Han entrado (los cabecillas) en relaciones con el enemigo invasor y le han pedido auxilio para continuar haciendo la guerra al Gobierno. En el Ministerio de mi cargo existen varios documentos que prueban este crimen, y además, en una causa que se ha mandado instruir a los cabecillas aprehendidos en Huichapan, al regresar de México para la Sierra, consta que el general en jefe americano ha fomentado esa insurrección, la cual seguramente sería protegida con las armas enemigas en el primer evento."

Por su parte el diputado Otero, una de las más recias columnas del partido que estaba por la guerra, señalaba como una de las causas del desastre "la impunidad otorgada a muchos jefes militares y la falta de un plan acertado".

Ciertamente Santa Anna era en sí el resumen de estas condiciones del medio ambiente y de algún modo su historia militar y política las había fomentado: ahora cosechaba su propia siembra. Es indefinible, en hombres como nuestro caudillo, el límite entre la influencia que ejercen sobre el medio y la que sobre ellos ejerce el medio. (Al estudiar, en conjunto, el ambiente romántico de la época que venimos considerando, procuraremos acercarnos a aquella delimitación. De todas suertes no fué un ciego fatalismo que sólo está en el delirio de interpretación, la causa determinante de la derrota; propias o ajenas, Santa Anna se encontró frente a un cerrado muro de condiciones, fáciles de prever, por otra parte, si en el caudillo hubiesen concurrido la reflexión, la ponderación, la justa estimación, las vivencias, en fin, contrarias al temperamento romántico y paranoico de Santa Anna; pero entonces el hombre no habría sido este hombre, este hombre singular y contradictorio que después de tamaña derrota volverá con un poder absoluto y se hará llamar Alteza Serenísima.)

Para concluir esta etapa histórica y como premisa de la final revaloración del caudillo, veamos algunos de los juicios relativos que escribieron historiadores ajenos a la parcialidad de don Antonio. Se transcribe primeramente el retrato del general paranoico en la batalla de la Angostura, escrito por Roa Bárcena pocos días después de la muerte de Santa Anna: "Habían ya transcurrido muchas horas de lucha continua, obstinada y sangrienta, perdiéndose y ganándose lomas y llanuras, estandartes y cañones; desbandándose cuerpos enteros del enemigo; diseminándose y dispersándose algunos de los nuestros a causa de las cargas y de los accidentes del terreno, sembrado de muertos y heridos que estorbaban el paso a los contendientes, cuando el jefe de nuestras armas, viendo declinar el día e indecisa todavía la victoria, quiso hacer un supremo esfuerzo para alcanzarla, y resolvió reunir todas sus tropas y atacar con ellas por última vez, partiendo de su propia derecha, el centro de las posiciones de Taylor. Al efecto, mandó montar una batería de piezas de a 24 y dispuso que la de piezas de a 8 avanzara a batir de flanco al contrario; llevó por sí mismo a la columna del coronel Blanco de su izquierda a su derecha; hizo que la infantería de Pacheco se uniera a los restos de la 2ª división; que avanzaran asimismo las reservas, y que la poderosa columna formada con todas estas tropas quedara al mando del general don Francisco Pérez, bajo la inmediata inspección del mismo Santa

Anna, a quien ya habían muerto de un metrallazo su primer caballo, y que, en otro de poca alzada, con un corneta de órdenes al lado, y sin distintivo militar en su persona, de cachucha y levita o sobretodo, sin desenvainar la espada, llevaba en la diestra un látigo corto con que avivar el paso de su montura a la cabeza de sus columnas, o con que señalarles las contrarias y el camino del combate y la gloria. Así condujo de una a otra loma a sus fuerzas, formándolas en batalla en el lugar mismo en que su genio militar, que suplía en él a toda instrucción, le hizo prever la aparición del enemigo que, al presenciar los preparativos de un nuevo ataque, quiso adelantarse a darlo más bien que recibirlo. Así le vieron y le vitorearon sus regimientos, a quienes electrizaban sus ojos de águila y las frases breves y enérgicas cuyo acento sobresalía entre los toques de fuego del clarín y el estampido de los cañones. ¡Así le verá la historia, olvidando ante ese momento solemne en que Santa Anna personificaba a todo un pueblo que defiende valerosamente su independencia, los errores y faltas del anciano que acaba de bajar al sepulcro entre las sombras de la pobreza y de la ceguera propias, y ante la ingratitud y la indiferencia de sus conciudadanos, más frías que la muerte!”

El propio Roa Bárcena, al resumir la campaña, escribe: “En cuanto al jefe principal, Santa Anna, no obstante sus errores y faltas, cuando la bruma de las pasiones y de los odios políticos hayan desaparecido del todo, ¿quién podrá negar su valor, su actividad, su constancia, su entereza contra los repetidos golpes de una siempre adversa fortuna; la maravillosa energía con que estimulaba a todos a la defensa, y sacaba recursos de la nada, e improvisaba y organizaba ejércitos, levantándose como Anteo, fuerte y animoso después de cada revés?”

Y Ripley, uno de los oficiales más cultos que vinieron con el ejército invasor, en su libro *The war with Mexico*, juzga así a Santa Anna: “En ninguna de las muchas vicisitudes de la extraordinaria vida de Santa Anna hubo incidentes más notables, ni desplegó él en proporción mayor su energía y talento de preparación, que en la campaña de México. Había vuelto del destierro a su país, siendo saludado como defensor suyo; había levantado su ejército numeroso y perdidolo en la Angostura; había sofocado una revolución en la capital y formado otro ejército, deshecho ante el asalto de los invasores a las líneas del Cerro Gordo. Acusado y proscripto, había sin embargo, conservado el poder, recobrado parcialmente su popularidad y levantado otra vez nuevo ejército, el más grande

en campaña en México desde la conquista española: había fortificado la capital y defendídola con la intriga y las armas hasta que fué imposible toda defensa. Aun mantenía el campo del modo que podía, y, al cabo, dió término en Huamantla a sus operaciones.

“Raras veces tan continuada adversa suerte ha sido el resultado de los esfuerzos de un hombre tan hábil como Santa Anna. Si un jefe de tan extensa capacidad como la suya y con su perfecto conocimiento de los recursos de México, se hubiera hallado al frente de buenas tropas, no habría podido ser dudoso el resultado de sus operaciones. Pero el espíritu de las tropas no está en relación con el talento del comandante. Faltaba la fuerza moral; y debilitada y deshecha como había sido en las innumerables revoluciones de México y en las batallas de Palo Alto, Resaca y Monterrey, antes de que Santa Anna comenzara sus operaciones, los esfuerzos de este jefe en el campo no son comparables a sus esfuerzos en el gabinete. No puede negarse, en verdad, por ninguno de los amigos de Santa Anna, que, con toda su habilidad, hay que descubrir en el conjunto de sus operaciones militares positivas en los momentos de suprema crisis del combate, *una inestabilidad de designio o propósito que nunca dejará de arruinar a cualquier general que, por grande que sea su talento, no cuente con tropas ya excelentes de suyo. Jamás un general que obra así, inspiró sentimiento de valor, ni indujo a conducirse bizarramente. Pero la magnitud de los planes de Santa Anna, la celeridad de sus marchas y la habilidad de su intrigante diplomacia, le hacen acreedor a la fama, no obstante sus faltas y lo vicioso de su carácter moral.*”

Respecto a los preparativos en defensa de la capital, el mismo historiador se expresa así: “Mucho hubo que admirar en los preparativos para la defensa de la capital de México, y mucho que hizo notable en la historia la condición de los negocios. La congregación de una gran fuerza en defensa de la causa de una nación es ya en sí misma un sublime espectáculo. En el presente caso, cuando los esfuerzos todos de México en la lucha habían tropezado con la derrota y el desastre; cuando sus mejores ejércitos, guiados por sus primeros generales, habían sido destruidos; cuando, al comenzar los preparativos, el enemigo estaba a unos cuantos días de marcha de la capital; cuando la discordia y los celos reinaban en los consejos nacionales, y el Presidente era abiertamente acusado por muchos, y las diversas facciones eran resueltamente hostiles de todo, excep-



to el principio común de la defensa del territorio nacional y del odio a los Estados Unidos; cuando el erario estaba en quiebra y sólo se obtenía dinero por medio de préstamos forzosos y de enormes sacrificios, el que haya sido la ciudad de México poderosamente fortificada y reunidos, armados, equipados y disciplinados más de 35,000 hombres para su defensa, todo ello en el corto espacio de tres meses, por la energía y el genio de un solo hombre, y de un hombre impopular en sumo grado, convirtió los preparativos en verdaderamente notables y casi sin paralelo. Cualesquiera que puedan haber sido los vicios, las faltas, las ligerezas o las desventuras de Santa Anna, le hace acreedor a la fama esta sola empresa."

En los partes de los jefes invasores abundan honrosas menciones para el general en jefe mexicano.

AGUSTÍN YAÑEZ